



Texto y fotos  
de Luis Sáez  
Gómez

Barrancos de Gebas, Murcia

\**Desertus*. En latín, 'olvidado'.

¿Quién no tiene  
**un lugar en el mundo?**  
Un sitio apartado,  
olvidado, ***desertus***\*



*Desiertos de España* es un viaje de contemplación y de silencio por las tierras más inhóspitas y marginales de nuestra geografía que presenta el Museo Nacional de Ciencias Naturales a través de una muestra fotográfica que puede visitarse hasta el 13 de junio. Su creador, Luis Sáez, reivindica la belleza de lo extraño y la sencillez de estas vastas y yermas extensiones, a la vez que pone el foco de atención en uno de los múltiples efectos que está causando el cambio climático, la deforestación. Un fenómeno preocupante que avanza implacable aunque en nuestras manos está detenerlo.



Playa del Monsul, en Cabo de Gata, Almería.

Yo, desde hace tiempo, tengo un rincón en el mundo, un pequeño desierto.

Hacia él me lleva una carretera estrecha, que discurre sinuosa entre jóvenes almendros y manchas de pino carrasco. Una ruta secundaria entre colinas sin nombre, barbechos que duermen y restos de un viejo volcán. Un campo poblado por búhos reales, alcaravanes y mochuelos, lagartos ocelados. Bancales limpios y mimados, hogar de chicharras recalcitrantes, ratones hiperactivos, zorros de trote altivo y conejos que miran de perfil.

He caminado en veranos sofocantes, bajo un cielo lechoso, bajo un sol hiriente, por un terreno impoluto, craquelado por la sed; entre laberintos de tierra blanca, barrancos sin hierba, chimeneas de yeso, telas de araña tigre y conchas de caracol.

Me he mojado en noviembre. Esos noviembres murcianos de manga corta y tardes color naranja. Cuando el Mediterráneo, extenuado por la canícula, aún suda su calor. Ese mar tibio del otoño, que engorda nubes plomizas, minerales, que terminan derramando agua con rabia, con ira, con odio; gotarrones certeros como proyectiles, que



*“Una clase magistral de estratigrafía, una anatomía geológica a cielo abierto. Así es mi desertus. Un lugar al que vengo a no oírme, a no hablarme; tan solo a mirarme. Sin apenas conseguirlo”*

agujerean el suelo y levantan polvo, que dañan la piel y la cabeza, y que acaban por convertirse en una riada loca, que tras meses de sequía sofocante, como una catarsis bíblica, como una bacanal meteorológica, arrastran, sin obstáculo que lo impida, tierra, ramas y piedras, basura y suelo fértil, insectos y vertebrados, vehículos y rebaños, y a veces también, algún ser humano.

Esas gotas frías y salvajes que, durante siglos, han horadado el paisaje, dejando su entrañas visibles, desnudas, impúdicas, cuarteadas: una clase magistral de estratigrafía, una anatomía geológica a cielo abierto.

Así es mi *desertus*: un lugar al que vengo a no oírme, a no hablarme; tan sólo a mirarme. Sin apenas conseguirlo.

Pero un viernes de septiembre viajaba yo, solo y sin rumbo, por España. Era media tarde. Bajo la sombra de un molino de Criptana decidí concluir un viaje que años atrás, sin yo saberlo, ya había iniciado. Era mi viaje por los desiertos de España.

Ya conocía Tabernas, en el desierto de Almería. Barrancos despoblados, charcas salobres, vegetación sedienta. Un lugar exótico que allá en los felices sesenta sirvió de escenario para los wés-



Desierto de “Los coloraos” en Gorafe, Granada

terns italianos. Una industria que aún permanece, en un escenario bellissimo y extraño.

Un desierto que se extiende hasta el mismo mar, en el Cabo de Gata. Una costa casi virgen; pedregosa y volcánica. Con sus palmitos siempre verdes, que peinan la brisa con sonido sesgado. Con humildes azucenas de mar, que asoman, estrelladas y blancas, tan sutiles como descaradas, entre las dunas, contrastando con los temperamentales azufafos, ramnéceas furiosas del desierto, rosales viriles de ramaje intrincado, que como una alambrada, defienden de invasores su fruto rojizo y rugoso, crujiante y amanzanado.

También conocía Gorafe, en Granada, y sus barrancos rojos, que traen a la memoria aque-

llos desiertos norteamericanos. El paraje de “los Coloraos”, con sus preciosas murallas de arcilla y sus laderas de esparto. Con sus veranos de sofoco y sus inviernos nevados.

Y la ciudad de Guadix, con su curioso barrio troglodita: un cuento de hadas y duendes. Un lugar extraordinario. Un paseo entre calles que, a veces, son tejados. Con casitas enterradas hasta el cuello. Entre chimeneas encaladas, ventanas diminutas y coladas de ropa blanca.

Ya conocía las tierras áridas del sureste peninsular; la costa virgen de Bolnuevo, en Murcia. Sus calas solitarias, sus bolagas y espartos, sus romeros y cornicabras, sus gredas fantasmagóricas, sus caminos polvorientos y sus acantilados quebrados.







A la izquierda, desierto de Mahoya en Albanilla, Murcia. A la derecha, cabezo Castilde-tierra en el Parque Natural de Bardenas Reales, Navarra.



Las tierras blancas, blanquísimas, de Mahoya, en Abanilla; la Palestina murciana. Con lomas sensuales, cuarteadas y secas, que semejan la piel de un elefante; que en los meses tórridos de verano se craquelan y crujen, como un almíbar quemado, crocante, como cáscaras de huevo, bajo los pasos pesados.

Sin olvidar el valle de Ricote, último refugio morisco en España. Una vega fértil, árabe de corazón, que riega el río Segura, dando vida a naranjos y limoneros, palmeras y olivos, rodeada de montañas peladas y rocosas, de las que cuelga algún arbusto achicharrado. Un precioso oasis europeo que evoca aquellos *oued* norteafricanos: pequeños cursos de agua que bajan desde el Atlas, internándose con temeridad en el desierto, regando en su paseo los huertos bereberes, has-

*“La expansión del desierto por fenómenos naturales parece imparable. Pero la desertificación, causada por la acción humana, aún podría ser detenida”*

ta ser engullidos, kilómetros abajo, por las arenas del Sáhara, sin contemplaciones ni remordimientos. Abducidos; desapareciendo.

Decía que en aquella siesta manchega, larga y chicharrera, decidí tomar rumbo norte, camino de las tierras del Ebro, para llenar otros huecos olvidados.

Me detuve en Barrachina, camino de Teruel. Muros impresionantes de tierra roja, a veces desmoronados, que dejan ver los tendones de la tierra. Muelas de arcilla, huesos de piedra, perfiles acantilados, desnudos, junto a la fértil vega del río Turia. Un paisaje que recuerda, otra vez, los cañones del oeste americano.

Más arriba, por Alfambra, caminé por un día. La roja, la llamaron los árabes, por el color intenso de sus arcillas. Un paisaje de secanos humildes castigado por inviernos duros, muy duros. De vez en cuando, el oasis verde de los huertos, el frescor de choperas y alamedas, a las que el Alfambra, su pequeño río, va regando.

Bajando ya a Zaragoza me detuve en Jaulín. De nuevo el paisaje estepario, blanco, de vegetación



Parque Natural desierto de Tabernas, Almería

escasa. Lugares de soledad y recogimiento. Bellos por su extrema sencillez. Pequeños Tíbets bajo el cierzo. Lugares para la contemplación y el silencio.

Y los Monegros, paradigma español de desierto. Terrenos salinos y esqueléticos, entre tozales y torrollones: figuras enhiestas nacidas de erosiones y derrumbes, que se muestran en precario equilibrio y a punto de caer al suelo. Cuenta

alguna historia que los Monegros, los montes negros, fueron hogar de un extenso bosque sacrificado para saciar el hambre maderera de la Gran Armada “Invencible”. Pues bien, parece ser que no es del todo cierto; que los Monegros tuvieron bosques, sí, de sabina y pino negro, pero ralos y desperdigados, pues su escasa pluviosidad y la salinidad de su suelo, no permitieron la frondosidad que algunos mitos le atribuyeron.

*“La mala gestión del suelo, las explicaciones para uso agrícola, la destrucción de la vegetación autóctona, son factores que dañan el terreno”*

Hoy esta tierra se muestra humilde y reseca, como quizá siempre lo ha sido. Y bella, muy bella en su silencio.

Río Ebro arriba caminé por las tierras de Navarra. Días cenizos y lluviosos, chapoteos en el barro y cielos turbios sobre el yermo.

En las Bardenas Reales se encuentra un icono de nuestros desiertos: el Castildetierra. Un cabezo erosionado, insólito, rodeado de profundas estrías que, como una gran falda plisada, lo van rodeando: rematado, a modo de sombrero, por cuatro lajas y una piedra cúbica. Una extraña dama que se yergue solitaria y soberbia en la estepa; una diosa sobre pies de barro.

Y no puedo olvidar las médulas, en León. Ejemplo de erosión humana en el paisaje húmedo del Bierzo. Que desde tiempos de los romanos, a golpes de agua, fueron horadando la tierra para extraer el oro.

Y ya, dos mil kilómetros al sur, tan cerca y tan lejos, junto al continente africano, están las Canarias, las preciosas y afortunadas Canarias. El paraíso volcánico de Lanzarote: un delirio de roca y fuego. Una tierra negra y roja, un país







*“Quizá el visitante de  
Desiertos de España se  
sorprenda al contemplar  
esas extensiones de terreno  
árido, desnudo y yermo,  
pero que atesoran versos  
estratificados que se  
extienden como poemas de  
tierra a cielo abierto”*

nuevo, salpicado de jóvenes volcanes y malpaíses de lava. Junto a Lanzarote, los arenales infinitos de Fuerteventura, a un paso de la costa sahariana. Y en el otro extremo, a punto de perderse en el océano, los sorprendentes contrastes de la Gomera, la isla colombina, donde conviven, en pocos kilómetros, la vegetación húmeda de la laurisilva y los barrancos desérticos del sur, que escondidos de los alisios, poblados por tabaibas y cardones, son tierra de antiguas leyendas y míticos viajes. Y tierra también de lejanos desiertos.

Este viaje que hemos realizado, tan extenso como inacabado, se muestra en imágenes por primera vez en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid.

*Desiertos de España* es un proyecto fotográfico fundamentalmente estético, pero que nace también como firme posicionamiento ante un fenómeno preocupante y que avanza sin freno.

La expansión del desierto por fenómenos naturales parece imparable, pero la desertificación, causada por la acción humana, aún podría ser detenida. La mala gestión del suelo, las explanaciones para uso agrícola, la destrucción de la vegetación autóctona, son factores que dañan el terreno. Y sólo en nuestras manos está detenerlo.

Pero sin negar el problema evidente que esto supone, “Desiertos de España” es una reivindicación estética de estos paisajes tan nuestros. Horizontes ásperos, tradicionalmente marginados por el ser humano.

Escenarios que sucumben ante el modelo asumido de paisaje bello: bosques frondosos y picos nevados, ríos cristalinos y prados verdes. Pero lugares que resultan ser bellísimos en su sencillez, y que tímidamente reciben su merecido reconocimiento.

Este proyecto pretende mostrar la belleza extraña de estos territorios; todos sorprendentes, y gran parte de ellos, aún desconocidos. Desde Murcia al Bierzo, de Andalucía a Navarra, de Aragón a Canarias.

Quizá el visitante se sorprenda al contemplar esas extensiones de terreno árido, desnudo y yermo. Pero bello, lírico y muy bello. Versos estratificados que se extienden como poemas de tierra a cielo abierto. Paisajes lunares y desolados, bellísimos en su silencio.

Son nuestros rincones apartados, olvidados, desertus. Lugares que quizá, nacieron sólo para ser contemplados. ■

MNCN  
accesible

